

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Webber, Jeffery R.: *Red October. Left-Indigenous Struggles in Modern Bolivia*, Leiden/Boston, Brill, 2011.**

**Sabrina Rosas**

UNLP

rosas.sabrina@yahoo.com

**E**l ciclo insurreccional transitado en Bolivia en los últimos años ha transformado radicalmente la estructura social y económica del país, proceso de ascenso del actor indígena en la dinámica nacional. La nueva configuración política y las distintas experiencias de lucha desarrolladas entre 2000 y 2005 han abierto el debate sobre las características particulares de tal proceso revolucionario en la esfera académico-teórica. *Octubre Rojo, Las luchas de la izquierda indígena en la Bolivia Moderna*, uno de los últimos libros de Jeffery R. Weber, ofrece una nueva visión sobre las tradiciones de lucha de clases, represión estatal y resistencia indígena experimentadas por los grupos intervinientes en el llamado *proceso de cambio*, a partir de la conjunción de distintas tradiciones teóricas marxistas revolucionarias y de liberación indígena que resultan inacabadas para comprender el fenómeno indígena del siglo XXI boliviano.

El objetivo del libro es analizar el período de revueltas e insurrecciones que transcurre entre 2000 y 2005, entendiéndolas como el eje vertebral en la consolidación del movimiento indígena revolucionario del siglo XXI. A lo largo de sus nueve capítulos, propone un análisis sociohistórico

retomando las distintas experiencias de lucha y resistencia que se van configurando a lo largo del siglo XX boliviano, recuperando las herencias culturales y sociales de siglos previos, y que confluirán en la Guerra del Agua y del Gas. La conjunción del diverso entramado de conciencias históricas y colectivas así como de tradiciones de lucha y oposición de cada grupo interviniente serán la clave de análisis para el proceso de conformación de lo que el autor denomina una nueva *infraestructura* de clase, basada en la conjunción de *conciencias combinadas de oposición*.

A partir de las críticas elaboradas en torno a los estudios clásicos sobre Movimientos Sociales Latinoamericanos, Weber propone la elaboración de un marco teórico plasmado en el primer capítulo, en el cual complejiza los conceptos y análisis tradicionales, adaptándolos a una nueva perspectiva teórica. Estos estudios latinoamericanos son presentados desde sus aportes y sus limitaciones, haciendo mención por un lado, a aquellos de corte reduccionistas a las condiciones de clase, que dejan por fuera el estudio de otras formas de relaciones sociales, con tradiciones indígenas y culturales diversas; y por otro, a aquellos enfocados en análisis centrados en la politización indígena-étnica, alejado de la perspectiva clasista identitaria.

Su estudio busca traer de vuelta la perspectiva política y económica al centro del análisis teórico sobre estos movimientos, incorporando otras formas de relaciones sociales y enfatizando en un estudio materialista de sectores indígenas y las clases urbanas a través de numerosas entrevistas. Así, los movimientos indígenas son mejor entendidos si se toma la reconstrucción de políticas indigenistas sin abandonar los elementos de clase. Al separar las luchas políticas indígenas de las relaciones sociales del capitalismo, los análisis clásicos han tendido a alejarse de los propios movimientos. De esta forma, la construcción de nuevas miradas teórico-conceptuales que contengan las particularidades del movimiento indígena, incorporarán el concepto de etnicidad y de clase social, fusionados en el nuevo ciclo de resistencia del siglo XXI.

Las especificidades del movimiento indígena están basadas en la combinación de distintos elementos a considerar: en primer lugar, la elaboración de una *infraestructura* de clase y de movimientos sociales particulares; en segundo lugar, la delimitación de las distintas tradiciones históricas de cada grupo interviniente, tanto de comunidades indígenas como de la clase trabajadora (principalmente minera); además, introduce un nuevo concepto basado en la

conformación de *conciencias combinadas de oposición*, clave para analizar las particularidades del proceso de cambio; finalmente, analiza las distintas políticas de Estado represivas lo largo de la historia boliviana del siglo XX, sus limitaciones y su carácter ineficaz.

La configuración de estos cuatro elementos se verá plasmada a lo largo de los capítulos en los que, a través de distintos recortes histórico-temporales, busca reconstruir no solo la historia de lucha y resistencia de cada sector, sino que también intenta comprender cuáles son aquellas tradiciones históricas que son retomadas, reconfiguradas y conjugadas por cada grupo.

Cada capítulo ofrece una contextualización política y económica del período trabajado, describiendo las políticas de Estado, las características de los sectores dominantes, los sectores trabajadores y los grupos indígenas según el momento histórico. De esta forma, pretende analizar las transformaciones de cada grupo social no solo en la arena política, sino también en las tradiciones de lucha y resistencia, que darán forma a la construcción de una nueva *infraestructura* y de las llamadas *conciencias combinadas de oposición*.

El segundo capítulo, “Insurrección indígena, lucha de clases y culturas populares de resistencia y oposición”, se enfoca en los caminos que tomó la historia del desarrollo capitalista, la formación del estado y de la lucha de clases en Bolivia, que alimentó a las culturas de oposición durante fines del siglo XIX y la Revolución Nacional (1952-1964). El alto nivel represivo fue uno de los factores que permitió mantener la unidad de las clases populares en oposición al gobierno de la elite. En este período, según explica Weber, las resistencias populares bolivianas fueron independientes de las resistencias indígenas y de los trabajadores de clase, sustentadas en una poderosa organización e ideología de izquierda. Estas dos tradiciones de lucha confluyeron en varias coyunturas de fuerte unión, a pesar de otros períodos de tensiones y hostilidad. Juntos, los procesos del desarrollo capitalista, el estado coercitivo y la lucha de clases crearon el contexto para la tradición de lucha radical en la cual se encuentran los orígenes de la izquierda indigenista boliviana de culturas de resistencia y oposición en los primeros años del siglo XXI.

El segundo recorte temporal, que abarca todo el capítulo 3, lo realiza entre el golpe de estado de 1964 y la instauración del modelo neoliberal en 1985. Así, el capítulo “Autoritarismo, democracia y lucha popular, 1964-1985” irá narrando las características de los gobiernos que se

suceden entre el 64 y el 85, de fuerte impronta represiva. En este proceso busca analizar cómo se reorganizan los distintos movimientos sociales, tanto trabajadores-obreros-mineros como indígenas-campesinos, momento en el cual se reconfiguran las luchas sociales indígenas. La intensificación del Estado represivo se desarrollará conjuntamente con las fuertes políticas de resistencias populares. Las tradiciones indígenas-obreras analizadas en el capítulo 2 se irán readaptando a las nuevas condiciones que alimentaron el indigenismo del siglo XXI, y la memoria colectiva clandestina en 1971 configurará el katarismo. Así, los campesinos y los obreros confluirán en solidaridad mutua en la lucha por la democracia. La represión a sectores mineros durante el gobierno de Barrientos provocará un vacío de poder popular que se reorganizará y reestructurará a lo largo de estos años, para darle nuevos espacios a los movimientos indígenas, anteriormente desplazados por las organizaciones obreras y trabajadoras. De esta forma, lo que pretende Weber es elevar la figura de los indígenas kataristas en tanto articuladores de diferentes movimientos y organizaciones de resistencia, poder históricamente aglutinado por el MNR. Los kataristas reconstruirán su propia memoria colectiva desde los orígenes ideológicos arrastrados del período colonial, y junto a una alianza de clase con otros sectores, como la COB y la CSUTCB, avanzaran en la arena política dando fin al pacto militar-campesino.

En el capítulo 4, el autor analiza el período que transcurre entre 1985 y 2000, que denomina “la contrarrevolución neoliberal”. Pretende enfatizar en las estrategias del modelo neoliberal para contener las luchas indígenas y trabajadoras, así como las habilidades de resistencia de estos grupos. Las lógicas de políticas multiculturales del neoliberalismo se verán acompañadas por una nueva organización anti-imperialista de los movimientos indígenas cocaleros, en conjunción con tradiciones marxistas de lucha. Hacia fines de los 90, el período de recesión termina cuestionando todas las contradicciones del neoliberalismo, y ante ello se irán organizando nuevas luchas para restituir una nueva *infraestructura*. El descontento generalizado en la población boliviana ante las políticas neoliberales, sus apariencias democráticas y multiculturales, así como su carácter represivo, se verá manifestado en nuevas acciones de resistencia. La utilización de una nueva *infraestructura* de lucha de clases, conformada por organizaciones sindicales, distintas culturas populares de oposición y resistencia, indígenas y campesinos, junto a la clase media trabajadora de Cochabamba, pronto manifestarán su

descontento en formas dramáticas de rebelión rural y urbana.

El quinto capítulo, “Ciclo insurreccional de indígenas de izquierda, 2000-2003”, enfoca en el período previo en que se consolida el movimiento de luchas indígenas liderado por Evo Morales, y analiza cómo se llega a ese momento a través de los ciclos insurreccionales entre 2000 y 2003. La Guerra del Agua en Cochabamba, las revueltas protagonizadas, por un lado, por campesinos del altiplano y, por otro, por sectores proletarios anti-impuestazos, constituyeron los actos de apertura a los siguientes cinco años de insurrecciones en Bolivia. Estas experiencias extendieron las capacidades de lucha de clase, de revuelta y generaron la organización de bases y espacios políticos, en tanto nueva variante socialista. Por su parte, las protestas proletarias anti-impuestazos pusieron en crisis al gobierno neoliberal. En los tres casos, la recesión tuvo el efecto contrario al buscado: se radicalizaron las luchas.

Los últimos dos capítulos que dedica al estudio del proceso histórico, están centrados en los acontecimientos transcurridos durante las Guerras del Gas en 2003 y en 2005. Se intenta ofrecer un retrato detallado de cómo las clases trabajadoras de El Alto fueron capaces de superar distintos obstáculos estructurales para reencausar el camino de la acción colectiva. Para ello se hizo uso de la densa *infraestructura* urbana, en la que se combinan tradiciones culturales del marxismo revolucionario y de liberación indígena. Esta *infraestructura* de lucha de clases conformada por diversos sectores sociales, como el campesinado, los sectores indígena-informales de trabajo, la clase de trabajo formal-obrera y finalmente fracciones de la clase media, brindaron un amplio marco de acción colectiva por la nacionalización del gas, junto con un alto pero ineficiente nivel de represión estatal contra la población.

El análisis histórico de las distintas tradiciones de lucha y conciencias de oposición que recorre el libro reflejan las particularidades del caso boliviano. El sentido de clase social es analizado en tanto proceso de formación de la estructura social y de relaciones sociales que toman lugar en un tiempo histórico y contexto cultural específico y que contienen todos los aspectos de la vida social. Ante ello, las características estructurales de la clase obrera en El Alto se explican a partir de cómo ésta sobrepasa la estructura barrial y se transforma en una insurrección masiva gracias a la conjunción de tradiciones indígenas, explicadas a lo largo de los primeros

capítulos. La clase obrera se formó por fuera de los grupos indígenas pre-existentes y sus tradiciones, tras el proceso de proletarización. Pero durante 2003 y 2005, los trabajadores indígenas informales (grupos aymaras) utilizarán la infraestructura de clase para facilitar los mecanismos de lucha, generando una nueva conciencia colectiva. Tal combinación se expresa, para Weber, en la Guerra del Gas, momento en que confluyen en una nueva *infraestructura* de los movimientos sociales.

De esta forma, el concepto de *infraestructura de clase* que introduce el autor al debate teórico puede ser entendido como la conjunción de todos los trabajos formales e informales (en el lugar de trabajo, en la comunidad, en el barrio y en la tierra) que orienta, organiza, politiza y moviliza la lucha de clases de indígenas proletarios y campesinos. Esta *infraestructura* actúa como una incubadora de experiencias comunes con la que se desarrolla la formación de una *conciencia combinada de lucha y oposición*.

Tal complementación se ve plasmada en las entrevistas realizadas a diversos miembros de los movimientos sociales de La Paz y El Alto, que conforman aquella nueva *infraestructura*, y revelan los elementos que intervienen en ellas. En primer lugar, la identidad de “vecino” como combinación entre elementos raciales y clasistas en la construcción de esa conciencia colectiva. En segundo lugar, ambos mantuvieron largos períodos de resistencia y oposición en El Alto, basadas principalmente en “tradiciones familiares de resistencia”. Tercero, el sentimiento ferviente por la lucha anti-imperialista. Y finalmente, las “esperanzas” o sueños de lucha por una sociedad mejor, bajo cuatro principios: el fin de la pobreza y abolición de las clases sociales; un futuro libre del racismo; dignidad, justicia social y necesidades básicas; socialismo y liberación indígena democrática.

Octubre mostró que eran posibles otras políticas comunitarias democráticas. No fueron solo decisiones huelguísticas. Las conciencias combinadas crecieron en las luchas actuales, aunque se construyeron sobre la base de raíces históricas diversas. Su análisis abre una nueva perspectiva teórica que intenta reconciliar las tradiciones del marxismo y el indigenismo, uniendo clase e identidad plurinacional en una misma tradición de resistencia. Aunque inicialmente estas construcciones son planteadas como un fenómeno de carácter nacional, que involucra al actor

indígena en su conjunto, el análisis tiende a correrse hacia el estudio de caso de indígenas urbanos, de El Alto y La Paz, lugares donde realiza su trabajo de campo. De esta forma, ubica ambos centros de resistencia como muestrario de la conciencia oposicional combinada característica de la sociedad boliviana actual. Pese a que el heterogéneo mosaico de organizaciones y tradiciones indígenas campesinas existentes en la actualidad del país puede reflejar cierta simplificación en el estudio del fenómeno indigenista revolucionario, el libro de Weber no deja de ser un aporte considerable para adentrarnos en el complejo universo de la acción de clase y de la tradición indigenista que hoy existe en Bolivia.